

La diosa blanca

Ernesto Cardenal

La razón por la que yo estaba en
aquel apartado pueblito de Mallorca
un mediodía mediterráneo era
un libro comprado hacía poco
en la librería de la Universidad de Columbia
en Nueva York: *The White Goddess* de Robert Graves
que trata nada menos que
del descubrimiento de una diosa.

Él demuestra con apabullante erudición
que en la Europa pagana y todavía matriarcal
hubo sólo una gran diosa a quien
todos los pueblos rendían culto. Una diosa
madre con un hijo también dios. Diosa
de la virginidad y la procreación, la fecundidad
y la muerte, del amor y el terror, del cielo
y el infierno. Implantado más tarde el patriarcado
asiático, el dios su hijo primero, y muchos otros
dioses después, ocuparon el lugar de la diosa.
Pero la creencia en ella no desapareció del todo,
Quedó en innumerables mitos, leyendas y
supersticiones de todos los pueblos, y que aún
persisten. Venus, Diana, las Gracias,
las Musas, ninfas, sirenas, Circe, son
fragmentos del mito de la Gran Diosa. Los
cuentos de hechicerías y brujas en todas partes,
mujeres que salen de noche para perder a los hombres,
la mujer araña, la mujer que chupa la sangre

de los hombres y cuyo abrazo es muerte... La Diosa tiene siempre el mismo aspecto físico según Graves: *blanca*, bella y esbelta, pálida, la nariz afilada, largos y hermosos cabellos, labios muy rojos y ojos zarcos. Botticelli la pintó exacta en el *Nacimiento de Venus*, dice Graves. Shakespeare la conocía y la temía, y es la *Belle Dame Sans Merci* de Keats. La Muerte que da inmortalidad poética.

Es la yegua blanca de la noche: *nightmare* (pesadilla) y es serpiente y sirena y bruja. Sobre todo el mito de la Diosa es uno con la luna (la luna que es mujer con un ritmo menstrual normal de veintiocho días). Y un resto de ese culto es lo que actualmente conocemos como poesía –pero también la danza, la música y la magia–.

La poesía que nos eriza con un silbido de lechuza, la luna rauda entre nubes, árboles meciéndose, unos perros que ladran lejos:
es por la presencia de la Diosa.

Al principio el poeta dirigía las danzas religiosas. Sus versos eran danzados alrededor de un altar y cada verso era una nueva vuelta de danza, de ahí *versus* en latín que significa vuelta, y balada es un poema bailado (de *baillare*, bailar). Las danzas eran estacionales, de donde nació el tema único universal de la poesía: la vida y muerte y resurrección del Espíritu del Año, hijo y amante de la Diosa.

Por eso
la poesía está siempre unida con la luna y con la mujer. No existe desde Homero, dice Graves, un poeta verdadero que no haya cantado a esa mujer divina y aterradora. La que fue primitivamente la única gran diosa. Los poetas aun ahora

la siguen invocando con el nombre de Musa
y éste es el lenguaje de la verdadera poesía.
Aunque «mito» es hoy igual a absurdo o antihistórico.
El poeta se mide por la exactitud con que se describe
la Diosa Blanca y su isla.

La Triple Musa.

Y Triple Diosa: del Cielo, la Tierra y el Infierno.
La luna en sus tres fases: nueva, llena y menguante
que como luna nueva o primavera era una muchacha,
como luna llena o verano una mujer
y como menguante o invierno una bruja.
La Triple Diosa era también las tres Gracias
y las nueve Musas que primero eran tres.

Y era una única Diosa:

La Diosa Virgen Rhea madre de Zeus
que convertida después en Virgen María
volvió a ser otra vez Reina del Cielo.

Prefería el catolicismo al protestantismo
por María, amada por los trovadores y que
ha inspirado tanto arte por tantos siglos.

El lenguaje de los mitos y los símbolos era fácil
dice Graves, y se hizo confuso con el tiempo.
Apolo impuso la razón sobre la poesía, y aún
sigue impuesta en las escuelas y universidades:
en vez del lenguaje mágico de la poesía
el racional y clásico en honor de Apolo.
Y decayó la poesía. Pero el verdadero poeta
es el que canta a la Musa (no al Rey o al pueblo).
La mujer no debe estar separada de los poetas.
Los apolíneos pretenden que así sea, y caen
en homosexualidad sentimental. El platonismo
homosexual expulsa a los poetas de la ciudad.
La verdadera poesía es invocación a la Diosa Blanca
o Musa.

La mujer es Musa o no es nada. La mujer

es Musa siempre, aunque escriba poesía.

(O como Coronel me comentaría después, cuando cruzábamos el lago en una lancha de noche: «Lo que ya sabíamos: Como María es medianera de todas las gracias sobrenaturales, la mujer lo es de las gracias naturales». En lancha una noche de luna llena que volvía al lago color de luna).

Era pues un libro muy especial sobre la mujer, de un hombre seguramente muy enamorado de su mujer. De quien dijera no hacía mucho el *Time*: «Es uno de los hombres más inteligentes y eruditos del mundo». Y fue el libro que yo había ido leyendo en silla playera sobre cubierta, mirando desde popa la estela

—cabellera ensortijada de Poseidón— del barco francés en dirección al Havre. De Nueva York al Havre. Mi primer viaje a Europa. Y ésta era la razón por la que yo estaba ahora en este mediodía azul del Mediterráneo en el apartado pueblito de Deyá, Mallorca donde vivía Robert Graves, y la razón por la que con el libro en mano golpeará su puerta.

Había venido en bus desde Palma de Mallorca por una carretera bordeada de viejos olivos retorcidos y almendros en flor. Me detuve primero en la cartuja de Valdemosa, la de Chopin y Rubén. Con el piano Playel de Chopin y la ventana por la que Rubén con hábito cartujo entraba a pasearse por los claustros solitarios. Vi las montañas abruptas de pinos y olivares y un campo con payesas recogiendo aceitunas desde el mismo balcón que Rubén. Y vi danzar después bellas payesas mallorquinas con un ardor que nunca había visto en otro baile, lo que me hizo pensar hasta qué punto era todavía

primitiva España. Fervor realmente religioso o tal vez místico de muchachos y muchachas golpeando y golpeando la tierra, el mismo que tuvieron hace veinticinco siglos muchachos y muchachas en estos mismos sitios y con trajes parecidos golpeando y golpeando y golpeando para producir la fertilidad de la tierra o
hacer llover,
a los pies de una Diosa.

Vi después Miramar, un lugar de los más bellos que tiene el mar en el mundo. Un mar azul radiante visto desde la costa que baja perpendicularmente casi, cubierta de puros pinos que arrancan sin ninguna playa desde la propia orilla del mar.
El mar color de vino...

Cuando vi por primera vez el Mediterráneo fue en Valencia, y el P. Beltrán, valenciano:
«Es el mar de Venus, Homero, Ulises y las sirenas» mientras íbamos hacia el faro... Y era todo liso liso sin una ola salvo una sola pequeñísima casi imperceptible en la orilla. Como el lago nuestro en sus mejores días (las calmuras de mayo) aunque sin una garza.

Volví a recordar a Homero, Ulises, Venus, sirenas desde el escarpado mirador de Miramar junto a una torre roja semiderruida, y el viento del mar me traía versos de Rubén en esta isla que él amó y donde le rinden culto como si fueran nicaragüenses o él fuera de Mallorca:

«Yo sé que coronadas de pámpanos y rosas
aquí un tiempo danzaron ante el mar las Musas»

Y después a unos 20 minutos de Miramar, ya cerca del mediodía, me dejó el bus a la entrada de Deyá, donde iba a visitar a Robert Graves.

Pregunté en la minúscula oficina de telégrafos la entrada del pueblo, y el telegrafista en más mallorquín que esañol: «Al final del pueblo después de una curva hay unos chalets, el penúltimo es del secretario, el siguiente del señor Graves». Atravesé el pequeño pueblito de casitas a un lado y otro de una carretera cuesta arriba dando vueltas o regadas en el valle abajo, y tras la última curva pasé por la casa que sería del secretario y me detuve en la siguiente con jardincito que sería la de Graves. Enfrente una hondonada y al final de ella un trozo de mar. En ese momento dudé en entrar, porque ya casi se había hecho mediodía, y si comían temprano sería la hora de almorzar. De todos modos decidí golpear, pues estaba en la puerta, y preguntar al que abriera si no era hora inoportuna, o a qué hora me podía recibir el escritor. Abrió un hombre alto, fuerte, con el pelo entrecano alborotado y en un traje campestre como uno de esos guardabosques de las novelas inglesas. Lo reconocí: «Supongo que usted es Robert Graves...» «Sí, entre a comer con nosotros». Era una típica casa de campo aireada, desordenada, donde se ve que hay niños y uno se siente en confianza. En la mesa la esposa y cuatro chavalos terminaban de comer, y ella sin permitir excusas me sirvió un plato de sopa de pollo con verduras mientras yo explicaba a Graves que era de Nicaragua y llegaba por su libro *The White Goddess*, que traía en mano. Él buscó el mapamundi de la sala y le dio vueltas hasta poner el dedo en Nicaragua y llamó a los niños para que vieran el sitio de donde llegaba yo: «Aquí estamos nosotros... y aquí Nicaragua». Y los niños se inclinaron para mirar el diminuto sitio del Mediterráneo donde estaban ellos, y el otro lugar también pequeño, admirados de que fuera tan lejos. «¡Aaaaala...!»